

Colinas como elefantes blancos

Ernest Hemingway

Al otro lado del valle del Ebro las colinas eran alargadas y blancas. En la parte de acá no había sombras ni árboles y la estación quedaba al sol entre dos líneas de railes. Inmediatamente junto a ella estaba la sombra calurosa del edificio y una cortina hecha con tiras de pequeños trozos de bambú, ensartados, colgaba en la puerta abierta del bar para ahuyentar las moscas. El americano y la muchacha que le acompañaba ocupaban una mesa a la sombra. Hacía mucho calor y el expreso de Barcelona tardaría cuarenta minutos en llegar. Se detenía dos en el empalme, y seguía hacia Madrid.

—¿Qué vamos a tomar? —preguntó la muchacha.

Se había quitado el sombrero para dejarlo sobre la mesa.

—Hace mucho calor —dijo el hombre.

—Bebamos cerveza.

—Dos cervezas —dijo él, mirando la cortina.

—¿Dobles? —preguntó una mujer desde el umbral.

—Sí, dobles.

La mujer reapareció con dos vasos de cerveza y dos redondeles de fieltro que colocó sobre la mesa para poner encima los vasos llenos. Luego quedó mirando al hombre y a su compañera. La muchacha no apartaba la mirada de la línea de las colinas. Brillaban blancas bajo el sol y el terreno era oscuro y reseco.

—Parecen elefantes blancos —dijo.

—Nunca he visto un elefante blanco —dijo el hombre, bebiendo cerveza.

—Oh no, claro... —observó ella.

—Pude haberlo visto. Que tú digas «Oh no, claro» no significa nada.

Mirando hacia la cortina la muchacha preguntó:

—¿Qué es lo que han pintado ahí? ¿Qué dice?

—Anís del Toro. Una bebida.

—¿La probamos?

El hombre gritó «¡Oiga!», dirigiéndose a la cortina. La mujer salió del interior del bar.

—Cuatro reales —dijo.

—Traiga dos Anís del Toro.

—¿Con agua?

—¿Lo quieres con agua?

—No sé —dijo la muchacha—. ¿Está bueno con agua?

—Muy bueno.

—¿Lo quieren con agua?

—Sí. Con agua.

—Sabe a regaliz —dijo la muchacha, dejando el vaso sobre la mesa.

—Siempre pasa igual.

—Sí —admitió ella—. Todo sabe a regaliz. Principalmente lo que se espera durante un tiempo. Como la absenta.

—¿Por qué no te callas?

—Tú has empezado —dijo ella—. Yo me estaba divirtiendo. Lo pasaba muy bien.

—De acuerdo. Vamos a divertirnos.

—Es lo que yo intentaba. Dije que las colinas parecían elefantes blancos. ¿No es una idea brillante?

—Lo es.

—Quería probar esta bebida nueva. Es lo que se suele hacer, ¿no? Mirar las cosas y probar bebidas.

—En efecto.

La muchacha añadió mirando las colinas:

—Son maravillosas. La verdad es que no parecen elefantes blancos. Lo dije... por el color de su piel entre los árboles.

—¿Bebemos algo más?

—Muy bien.

El aire caliente agitaba las tiras de la cortina que de vez en cuando rozaba la mesa.

—La cerveza está fresca y apetece.

—Sí que apetece —admitió ella.

—En realidad es una operación sencilla, Jig —dijo él—. Tan sencilla que ni puede llamársele operación.

La muchacha miraba fijamente el suelo bajo la mesa.

—Me consta que ni te darás cuenta, Jig. No es nada, en realidad. Sólo dejan que entre el aire...

La muchacha siguió callada.

—Iré contigo y no te dejaré ni un momento. Se trata de que entre un poco el aire y ya está.

—¿Qué haremos luego?

—Pues... estar bien. Igual que antes.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo único que nos preocupa. Lo único que nos hace desgraciados.

La muchacha miró la cortina, tendió una mano y cogiendo dos tiras dijo:

—¿Crees que luego estaremos bien y que seremos felices?

—Sí, estoy seguro. No debes tener miedo. Conozco mucha gente que lo ha hecho.

—Yo también —admitió ella—. Y luego todos fueron felices.

—Está bien —dijo el hombre—. Si no quieres no lo hagas. No deseo que hagas nada en contra de tu voluntad. Pero me consta que es facilísimo.

—¿Tú lo quieres? ¿Lo quieres de verdad?

—Creo que es lo más conveniente. Pero no quiero que lo hagas si verdaderamente no lo deseas.

—Y si lo hago, ¿serás feliz y todo volverá a ser como antes y me querrás?

—Ahora también te quiero. Tú sabes que te quiero.

—Lo sé. Pero si lo hago ¿todo volverá a ser bello y si digo que algo parece un elefante blanco a ti te gustará?

—Me gustará. Ahora también me gusta, sólo que ni puedo pensar en ello. Ya sabes cómo me pongo cuando tengo una preocupación.

—Si lo hago, ¿no volverás a preocuparte?

—No me preocuparé por eso porque sé que es muy sencillo.

—Entonces lo haré. No es por mí por quien me preocupo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me preocupo por mí.

—Yo sí me preocupo por ti.

—Sí, sí, pero yo no me preocupo por mí. Lo haré... y todo volverá a ser como antes.

—Si te pones así, no quiero que lo hagas.

La muchacha se levantó y fue hasta el final del andén. Más allá, frente a ella, había campos de trigo. También había árboles a lo largo de las riberas del Ebro. Al otro lado del río, lejos, se alzaban montes. La sombra de una nube se cernió sobre el campo. Miró el río entre los árboles.

—Podríamos tener todo eso —dijo—. Podríamos tenerlo todo. Y cada día lo hacemos más imposible.

—¿Qué quieres decir?

—He dicho que podríamos tenerlo todo.

—Lo tendremos.

—No. No puede ser.

—El mundo entero puede ser nuestro.

—No, no lo será.

—Podremos ir a todas partes.

—No. No podremos. El mundo ya no será nuestro.

—Es nuestro.

—No, no lo es. Una vez te lo quitan, ya no se recobra.

—Pero si nadie nos lo ha quitado...

—Espera a ver.

—Vuelve aquí, a la sombra. No me gusta todo eso que sientes.

—Pero si no siento nada —dijo ella—. Simplemente... sé cosas.

—No quiero que hagas nada que no desees hacer.

—Ni nada que me perjudique, lo sé —dijo ella—. ¿Tomamos otra cerveza?

—Bueno... Sin embargo, tienes que comprender...

—Lo comprendo —dijo ella—. ¿No será mejor callar?

Volvieron a sentarse ante la mesa y la muchacha quedó mirando los montes y el suelo reseco del valle mientras el hombre no dejaba de mirarla a ella y a la mesa.

—Tienes que comprender que no quiero que lo hagas si verdaderamente no lo deseas. Estoy dispuesto a aceptar las cosas si tanto representan para ti.

—¿Es que para ti no significan nada? Saldríamos adelante.

—Claro que sí. Pero a mí sólo me interesas tú. No necesito a nadie más. Y sé que es muy sencillo...

—Sí, sabes que es muy sencillo.

—Tú sólo lo dices, pero yo lo sé.

—¿Harías algo por mí en este momento?

—Lo haría todo por ti.

—Entonces cállate. Por favor, por favor, por favor...

Él no dijo nada. Quedó mirando las maletas apoyadas contra uno de los muros de la estación. Tenían etiquetas de todos los hoteles donde habían dormido.

—Pero es que yo no quiero que... No me importa nada de...

—Acabará gritando —dijo la muchacha.

La mujer surgió entre la cortina con otros dos vasos de cerveza y los dejó sobre los húmedos redondeles de fieltro.

—Dentro de cinco minutos estará aquí el tren.

—¿Cómo dice?

—Ha dicho que el tren llegará dentro de cinco minutos.

La muchacha dio las gracias a la mujer con una luminosa sonrisa.

—Será mejor que lleve las maletas al otro lado del andén —dijo el hombre. Ella le sonrió también.

—Bueno —dijo—. Vuelve en seguida y terminaremos la cerveza.

El hombre cogió las dos grandes maletas y cruzó con ellas la estación hacia el otro lado del andén. Al volver entró en el bar donde bebía la gente que estaba esperando el tren. Pidió un anís en la barra y contempló a los otros. Todos esperaban tranquilamente el tren. Apartó la cortina de bambúes y salió. La vio sentada ante la mesa, sonriendo.

—¿Estás mejor? —dijo.

—Estoy muy bien —respondió ella—. No me pasa nada. Estoy perfectamente.